



SE PUBLICA CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

AÑO XV Núm. 68	Dirección y Administración CIUDADELA (Menorca).—Obispo Vila, 24	MARZO 1926
-------------------	--	---------------

Nuestro rescate

Si todo lo que sufrió nuestro divino Redentor fué para pagar generosa y espléndidamente una cuenta completamente nuestra, ¿por qué no correspondemos mejor mostrándonos más agradecidos, meditando frecuentemente su pasión: acompañándole en sus sufrimientos?

Si tanta participación hemos tenido en sus amarguras, ¿por qué no tomar mayor parte en sus consuelos?

Si hemos sido causa de que todo un Dios sufriera por nosotros, para que tan enorme delito alcanzase de nuestra parte una correspondiente reparación, no sería bastante una larga vida de penitencia y abnegación, de oración y sacrificio.

Por esto, sin necesidad de estímulos tales como el de las múlti-

ples gracias espirituales que con ello se nos ofrecen, debiéramos hacer del *Via Crucis*, de la Adoración de las sacratísimas Llagas, de la meditación de los sufrimientos y muerte de nuestro divino Redentor, dilectísimo y cotidiano pasto de nuestra alma.

El abandono e indiferencia lamentabilísimos que en este punto se manifiesta en muchos católicos —si no mienten algunos indicios— son debidos a una secreta resistencia a la idea de que sufriera entonces el Cordero immaculado la pena de culpas que no se habían cometido, incluso de muchas que todavía habían de tardar siglos y siglos en cometerse: o bien a una interior inclinación al equivocado concepto de que siendo el Juez Padre y la Víctima expiatoria el Hijo, no había de sentir los dolores con tanta intensidad.

Los del primer caso no abren las

puertas de la inteligencia a la presencia divina con todas sus consecuencias, y los del segundo, no se fijan en que Dios es, ante todo y sobre todo, la Justicia absoluta y ésta requería el sacrificio de todas las generaciones, pero en su infinito amor y misericordia hacia nosotros, sacrifica a su Hijo muy amado, en quien tiene todas sus complacencias, para redimir a la Humanidad.

Por esto, nuestro divino Redentor quiso sufrir y padecer hasta tal punto, que aunque el espíritu estaba pronto para cumplir los divinos designios, siendo flaca la carne humana de que se revistió, presa de mortales angustias, sudó sangre y agua y hubo de pedir que pasara

de Él, si era posible, el cáliz de la Pasión.

¡Oh dulcísimo amor nuestro! ¿cómo corresponder, cómo admirar, cómo agradecer tan enorme sacrificio?

Pero nosotros, los que nos honramos con el título de siervos suyos, debemos aspirar a más que a postrarnos a sus plantas y llorar los sufrimientos que le ocasionamos; debemos también procurar por todos los medios que estén a nuestro alcance, que sea más conocido tan grande sacrificio y que aumente cada vez más el número de las ovejas ahora extraviadas que se resuelvan a acompañarnos en intensos y repetidos actos de expiación y reparación.



La lanza de Longinos

I

EL viento del prodigio había helado los corazones de toda aquella multitud deicida que se agitaba por las calles de Jerusalén como un mar desbordado.

A las puertas de sus covachas y posadas judíos miserables y legionarios del César cubiertos de reluciente hierro, departían a grandes gritos.

—¡Verdaderamente, es el hijo de Dios!—decían algunos fijando en la lejana cumbre del Calvario los espantados ojos.

—¡Es el Mesías!—respondía el coro gemebundo.

Los que hablaban menos eran los soldados del imperio. Meditaban absortos apoyados sobre el cabo de sus lanzas históricas, como dominados por dos contrapuestos pensamientos.

Por un lado, el orgullo de su civilización pretenciosa y falsa les

impedía creer en aquellos portentos repetidos de corro en corro por esclavos y por mendigos. Por otra parte, sus corazones asistían llenos de pavor a aquel cataclismo que acompañaba al suplicio del Nazareno, a aquellas trepidaciones de la tierra que producían un fragor espantable, y a aquel entenebrecimiento de la atmósfera en la mitad del día.

Pilatos, el pretor, se asomó pálido y demudado a la balaustrada ventana de su alcázar y habló quedamente con el centurión.

Cuando se acabó la plática, el centurión que se llamaba Longinos, escogió varios soldados de su cohorte y subió con ellos camino del monte donde se alzaban las tres Cruces.

Tenía orden de romper las piernas de los tres sentenciados para abreviar su fin.

Cuando llegó todo había terminado en el lugar fatídico. El Justo había ya expirado, y su Madre y ses discípulos lloraban sin consuelo al pie de la Cruz.

Pero el centurión no quiso perder el viaje. Con su lanza vencedora de cien pueblos bárbaros se llegó hasta el pié del divino leño, y alargando su brazo sanguinario hundió el arma en el santo costado del Mártir!

Y ¡oh, prodigio! De esta herida que la crueldad abriera brotó como de una divina fuente un chorro perfumado de caliente sangre y de agua transparente y diáfana, cómo la que brota de las cavernas del Cedrón.

¡Prodigio, prodigio! clamó el desventurado centurión abriendo sus ojos a la luz, y su lanza, manchada con la sangre divina, cayó de sus manos y rebotó en la tierra requemada.

Aquella sangre y aquella agua eran, al decir de los teólogos, el agua del Bautismo y la sangre de la Eucaristía que habían de purificar al mundo.

II

Longinos el centurión, convertido por tan extraño medio, fué un apóstol ardiente de la nueva doctrina y por ella padeció y alcanzó en Armenia la palma de los mártires.

Mas ¿qué fué de su lanza?

Hojeando la Historia veremos el decisivo papel que estuvo llamada a representar en los anales de la Humanidad.

III

Cercado en la ciudad de Antioquía que habían conquistado a los infieles, se encontraba, en Junio de 1098, el ejército de los cruzados acaudillado por Godofredo de Bouillón.

La situación de aquellos heroicos cristianos que habían vendido sus baronías y sus bienes por reconquistar el sepulcro de Cristo, no podía ser más angustiosa.

Los sitiaba el feroz Kerbogá, sultán de los seldjucidas y señor de Persia, y bajo su mando iban en inmenso y abrumador enjambre todos los pueblos del Asia.

Los cruzados padecían un hambre horrible, y una peste desoladora se apoderó de ellos, y rendidos bajo el peso de las armas que oprimían sus cuerpos flácidos y hambrientos, ni fuerza tenían para salir a la defensa de los muros, ni para buscar una muerte gloriosa en campo abierto.

A tal extremo llegó la situación, que Raul de Caen dice que fué preciso que arriados enteros que los guerreros de la cruz saliesen de las casas donde yacían desmayados y fuesen a ocupar su puesto en la pelea.

Los feroces seldjucidas, seguros ya del triunfo, habían cargado sus camellos con miles de cadenas para atraillar a los cristianos.

Así las cosas, y un día de los de mayor desaliento y peligro un sacerdote de la diócesis de Marsella, llamado Pedro Bartolomé, vió tres veces en sueños aparecérsese a San Andrés, el cual le dijo:

«Ve a la iglesia de mi hermano Pedro en Antioquía. Cerca del altar mayor encontrarás, cavando un poco la tierra, la lanza que hirió el costado de nuestro Redentor. Este instrumento de salvación eterna estará de manifiesto dentro de tres días a sus discípulos. Este místico hierro colocado a la cabeza del ejército dará la libertad a los cristianos y traspasará el corazón de los infieles.»

La profecía se cumplió al pié de la letra. Con religioso recogimiento esperaron los cristianos a que transcurriesen los tres días señalados, y al tercero se trasladaron a la iglesia indicada, siendo los primeros en poner manos a la obra los más altos magnates de la nobleza y de la Iglesia.

Se empezó a cavar cerca del altar mayor. «El silencio más grande —dice una historia— reinaba en la iglesia, y a cada instante creíase ver brillar el milagroso hierro; todo el ejército reunido a la puerta, que se había tenido cuidado de cerrar, esperaba el resultado de la in-

vestigación. Los operarios después de muchas horas de trabajo y habiendo ahondado el terreno a más de 12 pies de profundidad, no lograron ver la preciosa lanza. Continuaron hasta la noche sin obtener resultado alguno y la impaciencia de los cristianos iba aumentando por momentos. Se hizo una nueva tentativa en medio de la obscuridad de la noche, y mientras que los doce testigos estaban orando en el borde del hoyo, Bartolomé se precipita en él y reaparece a los pocos instantes llevando en las manos el sagrado hierro.

Los circunstantes prorrumpieron en un grito de alegría que resonó en todos los barrios de la ciudad.»

IV

¿Quién llevó a los muros de la ciudad sitiada la sagrada reliquia que asistió e intervino en el sublime drama de la Pasión?

¿Fue un milagro del cielo o estuvo ya allí enterrada desde luegros siglos? ¿Acaso fue recogida en la cumbre del Gólgota, cuando cayó de las trémulas manos de Lon-

ginos, y transportada en piadosa peregrinación hasta el lugar en que pareció?

Lo cierto es que su hallazgo fue providencial y que el ejército cristiano cobró, con aquella aparición, fuerzas sobrehumanas, y un día después, el de los santos apóstoles San Pedro y San Pablo, salieron todas las fuerzas de la ciudad y presentaron la batalla a la morisma derrotándola completamente. Esta victoria fue debida únicamente al poder sobrenatural de la lanza hallada.

Durante la pelea el hierro milagroso fue esgrimido por el conde de Tolosa y dice Raimundo de Agiles que los enemigos no se atrevían a acercarse a los batallones, en medio de los que brillaba esta milagrosa lanza. Otro autor de la época añade que al resplandor de la lanza Kerbogá, el feroz emir seldjucida, quedó aterrorizado olvidando la hora de la batalla.

Esta victoria fue la más importante de la primera cruzada, y abrió a los cristianos el camino de Jerusalén.



Sus ojos

Desde el árbol sagrado
donde, clavado, expiras,
¿a dónde van tus ojos,
Jesús del alma mía?
Velados por la muerte,
que, fiera, se aproxima,
sin reparar en que eres
la fuente de la vida,
¿qué buscan esos ojos,
que, desmayados, giran,
en torno del Calvario,
solar de tu ignominia?
Abajo, amedrentada,
la ciudad deicida,
de cuya envidia fuiste
inmaculada Víctima;
la tierra en terremoto;
la tempestad arriba;
sepulcros que se abren;
muertos que resucitan;

y allá lejos, muy lejos...
un mundo que se agita
en ansias inefables
de redención y vida.
Tus ojos lo que buscan
es esto, Prenda mía;
al que humilde, te espera,
al que por Tí suspira,
al esclavo que llora,
a la mujer, perdida
en el turbión revuelto
de pasiones malditas,
al niño abandonado,
al pobre, pobre víctima
de la ambición odiosa,
de la brutal codicia,
al pecador turbado,
que conocerte ansía
para gozar los dones
de tu piedad dulcísima,
a tantas almas nobles,
a tantas almas ricas,
a tantos como aguardan

la luz de tu doctrina.
Ellos vendrán, mi Cielo,
ellos vendrán, mi Vida.
¿Quién hay que se te niegue?
¿quién hay que se resista
al mirar de esos ojos,
suavísima caricia
de un corazón amante,
que, por abierta herida,
deshecho en sangre y agua
loco de amor se filtra?
¡Oh! deja que la muerte
apague tus pupilas.
Cuando vencida quede
esta muerte enemiga
y salgas del sepulcro
radiante de alegría,

la lumbre de tus ojos
encenderá la pira
donde, abrasados, mueran
errores y mentiras,
inveterados odios
y robos y lascivias.
Y a Tí vendrán las almas:
imán, que no resistan,
en tus ojos divinos
se sentirán prendidas
y beberán en ellos
virtudes infinitas.
Ojos, que son mi gloria,
ojos, que son mi dicha,
que miran siempre dulces,
que salvan cuando miran.
X.



Flores de la Pasión

Voy a ofrecerte, piadoso lector, unas florecitas místicas que simbolizan la Pasión del Salvador y traigan a tu memoria, cual con perfumado aroma, las virtudes que en la Pasión del Señor más resplandecen y te inciten con ello a su imitación. Te propondré cinco, número clásico, que lo es a la vez de las cinco llagas, y con ellas formarás un precioso ramillete de saludables pensamientos y afectos.

I

LA VIOLETA

Florece precisamente en este tiempo. Esta humilde flor que apenas se levanta del suelo y que con su color morado apenas se presentaría a nuestra vista, nos encanta por su olor suavísimo. Bello emblema de la humillación a que llegó el Salvador en su pasión, donde, en frase enérgica de San Pablo, se anonadó a sí mismo (Philip., 2, 7) y, según el Salmista, pareció no como hombre, sino como gusano de la tierra que se pisa con desprecio, hecho el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe

(Pr., 21, 7). Hasta tal punto llegó su abyección que el profeta Isaías al contemplarlo exclama admirado: Le vimos hecho leproso, herido de la mano de Dios y humillado hasta el suelo (Is., 52, 4).

Buen ejemplo de humildad tenemos en la pasión del Señor para confundir nuestra soberbia. ¿Quién osará enaltecerse y gloriarse, viendo a su Señor tan abatido y humillado? Hagamos el contraste de nuestra soberbia con la humildad del Salvador, y al sentir las tentaciones de la vanagloria, pongámonos delante la humillación de la Pasión. Bien empapado estaba en esta verdad el humildísimo San Bernardo, cuando exclama: Intolerable cosa es que el gusano de la tierra se hinche y envanezca, donde ve tan humillado al Dios de la majestad.

II

LA AMAPOLA

Su color rojo de sangre en toda ella nos representa la sangre que el Redentor derramó en la Pasión. En toda ella aparece la sangre. En la agonia del huerto el sudor sanguíneo cubrió todo su cuerpo, empapó sus vestiduras y llegó hasta regar la tie-

En la flagelación dolorosa corrieron arroyos de sangre de su delicado cuerpo. En la coronación de espinas brotó sangre en abundancia de sus divinales sienes. Camino del Calvario derramó el Salvador, juntamente con el sudor de su fatiga, la sangre de sus llagas que le hizo la Cruz y las repetidas caídas. En la Cruz manaron de sus sagradas manos y pies aquellos cuatro ríos del paraíso que regaron toda la superficie de la tierra. Y, finalmente, después de muerto, de la herida del costado salió sangre y agua para lavar a la Iglesia de todas las manchas de pecados. Verdaderamente, puede exclamar la Iglesia santa y con ella el alma fiel: Eres para mí esposo de sangre (Exod., 4, 25).

¡Oh, cómo confunde nuestra tibieza y regalo la sangre del Salvador! ¿Qué es lo que hemos hecho, qué es lo que hemos sufrido por Cristo? Todavía no habéis resistido hasta derramar la sangre, nos dice el Apóstol (Hebr., 12, 4). Y el melífluo Bernardo nos amonesta que es cosa indigna y vergonzosa que bajo una cabeza espinada, que es Cristo, se vean miembros regalados, que somos nosotros.

III

EL LIRIO

El lirio cárdeno, con los colores tristonos y morados de sus grandes flores, nos recuerda las penas y tristezas de Cristo en su pasión. No nos detengamos solamente en meditar los tormentos externos del Salvador, que aunque fueron muy grandes y sin medida, mucho mayores fueron sus penas interiores. Esta tristeza y angustia fué la que en el huerto le afligió de la suerte que como una pesada losa apretó su Corazón y exprimió aquel sudor copioso mezclado con san-

gre que se derramó de todas sus venas. ¿Quién podrá vislumbrar la pena que sentiría aquel purísimo y santísimo mancebo al presentarse ante el eterno Padre en la oración, hecho reo de todos nuestros pecados, siendo ellos tantos y tan abominables? ¡Cuánto sufriría aquel amantísimo Pastor al mirar a sus ovejas dispersas en la pasión, a Judas el traidor que le vende, y en el decurso de los siglos a tantos que habían de ser víctimas del lobo infernal! ¡Qué tristeza no padecería el divino Maestro al contemplar las penas que por Él habían de pasar sus discípulos, los confesores y vírgenes, los invencibles mártires.

¿Qué dolor atravesaría el corazón del Hijo amantísimo al ver a su Madre al pié de la cruz? Allí en la cruz exceden sin comparación las penas interiores a las del cuerpo. Allí ora por todos los hombres con amargas lágrimas y con clamor (Hbr., 5, 7), y, sin embargo, vé a tantos que se pierden, por lo cual exclama dolorido con el profeta Rey: ¿Qué provecho saco de tanta sangre derramada? (Ps., 23, 10). Allí es abandonado de su mismo Padre en la situación más angustiosa de la vida, muy próximo a la muerte.

Nosotros ¿qué hacemos? Ofrezcamos a Cristo nuestras tristezas, nuestro retiro, nuestra soledad, el abandono de los hombres, las penas interiores. Huyamos de diversiones y pasatiempos, de espectáculos peligrosos, de conversaciones livianas.

IV

LA ROSA

Mi Amado es cándido y colorado, decía la Esposa de los Cantares (Cant., 5, 10), cándido por la inocencia y santidad, colorado por el amor. Por esto la rosa es el mejor emb/ma de

la Pasión del Señor. Toda ella estuvo animada de ardentísima caridad, y antes faltaran a Cristo las penas y tormentos que le faltase la caridad y deseo de sufrir otros mayores. La sed que el Salvador sufrió en la cruz tan intensísima, tan intolerable, más que sed corporal era del alma, de más penas, de más tormentos, de más almas que se salvaran y santificasen por los méritos de su pasión. Que, como dice el B. Juan de Avila, así como estuvo tres horas en la cruz, amor le sobraba en su Corazón para estar en ella penando hasta la consumación de los siglos.

Mirémos, como lo hacen los santos Buenaventura y Bernardo, aquellas rosas de la Pasión, aquellas cinco sagradas llagas, que resp'andecen en el cuerpo de Cristo: dos en los pies, dos en las manos, una en el costado. Consideremos las de los pies, de aquellos sagrados pies que dieron tantos pasos en busca de nuestras almas e inclinémonos a seguir a Cristo con el amor e imitación. Miremos las rosas de las divinas manos que derramaron tantos bienes y movámonos a practicar buenas obras movidos por amor. Contemplemos la rosa del costado y corazón, del cual brotó sangre y agua. En aquella sagrada mansión establezcamos nuestra morada; aquí habitaré, digamos con San Buenaventura, aquí

oraré, aquí amaré a Cristo nuestro amor.

V

LA PASIONARIA

Esta maravillosa flor nos representa una viva imagen de la pasión. En ella vemos la columna de la flagelación, la corona de espinas, los clavos que atravesaron los pies y manos del Salvador. Tengamos siempre la pasionaria ante nuestros ojos; meditemos de continuo los sagrados pasos de la pasión. Así lo hacía aquel proto-mártir del Japón San Diego Quisay, todos los días infaliblemente leía la historia de la pasión y se encendía en amor de Dios con su lectura y meditación.

Tomemos ejemplo del melífero San Bernardo, quien imitando a la Esposa de los Cantares (Canto, I, 12) decía: Yo, mis amadísimos hermanos, he procurado hacerme un manojito de todas las amarguras y penas de la pasión del Salvador, para llevarlo siempre en mi pecho. Los misterios de la pasión son la materia más fácil y más provechosa de nuestra meditación. Pensemos de continuo en ellos con amor y ellos nos apartarán del pecado, ellos nos conservarán en la virtud, ellos nos harán correr por el camino de la perfección, ellos criarán en nuestra alma el más puro y ardiente amor de Dios.



¡Resucitó!

En el Sanhedrin

REINABA un pánico terrible entre los escribas y fariseos. A toda prisa habían acudido a reunirse con Anás y Caifás.

El caso era inaudito. Los guar-

dias de la legión romana, puestos a la vista del sepulcro del Nazareno, para que los discípulos no robaran el Cuerpo, estaban allí, temblorosos, demudado el rostro, ¡ellos tan avezados al peligro!

Uno a uno, los primates judíos interrogaban a los legionarios, para convencerse de que no habían oído mal, de que no eran víctimas de un mal sueño...

Y los legionarios, sin variación, repetían una y cien veces:

—Al salir el sol, la losa del sepulcro de vuestro Ajusticiado ha sido removida con estrépito por unos seres alados más resplandecientes que el sol mismo. Y del Sepulcro abierto ha salido el Enterrado con más luz todavía. Nosotros, cegados y vencidos, no sabemos por qué fuerza misteriosa nos hemos visto por el suelo sin ánimos ni para alentar... Y hemos huído... al sentir renacer la movilidad de nuestros miembros...

—¡Resucitó! — exclamó, como un azogado, un Doctor de la Ley.

—¡Cumplióse su profecía! — añadió otro: — es cabalmente hoy el tercer día de su muerte...

—¡Resucitó el Rabbi a quien crucificamos! — musitaron los escribas y fariseos, a media voz, como si pronunciaran su misma sentencia.

Caifás, con los ojos desorbitados, un rictus trágico en su boca, las uñas clavadas en su manto, levantóse para imponer silencio. Y habló:

—¡Necios! — dijo. — ¿No veis que con vuestros comentarios no hacéis más que condenar nuestra obra? Nos estorbaba Jesús, y luego de conseguir deshacernos de Él, venís ahora a darle crédito y a ver en Él cumplidas las profecías y aun la suya propia de que al tercer día de muerto había de resucitar... Sois unos necios, unos imbeciles...

—¿Pero nos hemos de engañar a nosotros mismos? — interrumpió un primate.

—¡No! Pero hemos de engañar al pueblo, so pena de que éste nos abandone, si no nos arrastra... — gritó, furibundo, Caifás, el Pontífice de los judíos.

Un escalofrío intenso hizo rechinar los dientes de los reunidos.

Deliberaron.

Sí; para salvarse ellos, era preciso continuar engañando al pueblo, ahora con más motivo. Y no había

que perder tiempo; no fuera que el pueblo se enterara del estupendo caso de la resurrección y se produjera de allí a poco uno de aquellos movimientos espontáneos como el del pasado domingo — el de los ramos y el ¡Hosana al Hijo de David!

Y acordaron sobornar a los sayones de la guardia del Sepulcro.

—Tomad este dinero... ¿queréis más?... ¡pedid! Es el precio de vuestro silencio de la verdad. Lo que habéis visto figuraos que ha sido un sueño. Diréis, pues: «Mientras dormíamos, han venido los discípulos del Nazareno y se han llevado su Cuerpo.»

Y los guardias romanos, como cuatro días antes Judas Iscariote, salieron del Sanhedrin vendidos por unas miserables monedas.

Pero la Verdad triunfante hizo serpentear con letras de fuego ante los ojos atónitos de los deicidas, el sencillo argumento que siglos después salía de la pluma del águila de Hipona.

—¿Si los guardias dormían, cómo pudieron ver que los discípulos de Jesús se llevaron el Sagrado Cuerpo? ¿Y si se lo hubieran llevado, cómo no se castigó a dichos guardias, cuyo objeto era impedir que el Cuerpo de Jesús desapareciese?

Anás y Caifás, los doctores de la Ley, los escribas y fariseos, volviéronse a sus viviendas atravesando las calles de Jerusalén, en aquella mañana espléndida de sol, hundiéndose siempre en la parte sombreada de las calles, como murciélagos que huyen de la luz.

Demasiado les iucía la luz interior que a su pesar culebreaba aquellas palabras de fuego:

—¡Jesús resucitó! Los siglos no quedarán engañados. Brillará eternamente la Verdad. Y se alegrarán una en pos de otra todas las generaciones de todos los siglos. ¡Jesús resucitó!